

Viaje por el Ampurdán (Epílogo)



Sant Pere de Roda

(I)

DEDICATORIA

«Vagi aquest darrer capítol del nostre viatge per l'Empordà especialment dedicat a tots aquells empordanesos que —més aprop o més lluny— estan fora de la seva terra.»

Josep Servià i Figa

ES el Ampurdán comarca muy prolija en residuos históricos. Entre los más valiosos destacan por su importancia las viejas piedras, primero, de la Emporium greco-romana, maravilla emplazada en el centro mismo del golfo de Roses, dilatada puerta por donde se injertaron en la piel de Iberia los signos culturales de la antigüedad clásica.

Destaca, asimismo, en segundo lugar, y en similar importancia, el monasterio románico de Sant Pere de Roda, ubicado en la vertiente meridional del monte de la Verdera a refugio de garbí y a capricho de tramontana.

La extraordinaria importancia que este arruinado recinto —hoy en restauración— tiene dentro del panorama universal del arte románico, es cosa verdaderamente indiscutible.

Una de las personas que, en nuestro país, más ha profundizado en el estudio del románico catalán de aqueude y allende la barrera pirenaica, ha sido un simpático farmacéutico de Figueras llamado don Alejandro Deulofeu. Hace pocos días tuve el placer —auténtico por muchos motivos— de estar hablando unas cuantas horas con él, en la rebotica de su farmacia de Figueras. Don Alejandro es un apasionado por la matemática de la historia. Algo así como un Toymbee o un Spengler salido del Ampurdán. Tiene sobre ello varios libros publicados. No obstante, la fama y el renombre llegaron hasta él al lanzar a los cuatro vientos su, luego tan discutida, teoría de que el Ampurdán es precisamente la cuna del arte románico universal.

Según me contaba don Alejandro, la fundación de Sant Pere de Roda tuvo lugar a mediados del siglo VII por orden del Papa Bonifacio IV, quien ante el peligro de invasión de Roma por parte de los caldeos, y a fin de que no fueran profanados los mortales despojos de los apóstoles Pedro y Pablo, ya convocado un concilio, ordenó que parte de los restos del primer Papa, concretamente la cabeza y el brazo derecho, fueran sacados de la Ciudad Eterna y enviados por mar a las partes sudoccidentales de la Galia, para que allí, debidamente escondidos, estuvieran a salvo de toda posible profanación.

Así, pues, según se puede leer en la «Crónica Universal del Principat de Catalunya», del historiador Jeroni Pujades, Bonifacio IV tomó las reliquias del Apóstol, junto a algunas otras, y llevólas, en solemnisísima procesión, hasta la nave que, Tiber abajo, las transportó hasta el punto geográfico escogido como más seguro escondite. «Ordenant-ho així Déu omnipotent corregerent fortuna i amb el vent de migdia foren portats als conjunts orientals d'Espanya, en aquell terreny on acaben els Pirineus i el port anomenat Armen Rodas».

Según don Alejandro Deulofeu, los clérigos y legos que acompañaban dichos restos encontraron en un lugar de la montaña, sobre la que hoy se halla emplazado el monasterio, una cueva que les pareció propicia para esconder en ella los restos del Apóstol. Así lo hicieron. Al cabo de un tiempo, ya pasado el peligro de profanación, volvieron los clérigos al monte, no logrando dar, quizás por lo crecido de la vegetación, con la cueva donde estaban los restos del primer Papa. «I es quedaren allí tots, fins que moriren, llevat d'un o dos que se'n tornaren a Roma».

Fue entonces, según el señor Deulofeu, cuando reinando todavía Bonifacio IV, empezó a edificar en un punto de aquellos parajes supuestamente cercanos a la desaparecida cueva; lo que más tarde iba a ser el más esplendoroso monasterio románico de nuestra tierra.

Esas notas históricas, entresacadas en gran parte del famoso historiador César Boronio, el hecho de que tantos cronistas hablen de la solemne despedida de los restos del Apóstol a orillas del Tiber, pero no de su posterior regreso a la Ciudad Eterna, la concesión de idénticas prerrogativas a Sant Pere de Roda que a San Pedro del Vaticano, y finalmente, el dudoso resultado de las investigaciones que ordenó llevar a cabo el Papa Pío XII en las criptas del Vaticano, han hecho pensar al

señor Deulofeu que los restos del Apóstol se hallan todavía cubiertos por tierra ampurdanesa. Don Alejandro está totalmente convencido de ello.

El monasterio, visto desde fuera, tiene el aspecto de un viejo castillo feudal. Tal es el carácter colosal de sus dimensiones y la profusión de torres almenadas que figuran a izquierda y a derecha del frontispicio. La iglesia, según datos que proporciona el señor Botet i Sisó, data de finales del siglo X o principios del XI. De planta de cruz latina posee tres naves muy altas y estrechas, crucero y ábside. La nave central está sostenida por varios pilares en cada uno de los cuales se levantan tres columnas con sus correspondientes ábacos y capiteles. Estos últimos son casi todos de estilo corintio y por lo que parece, fueron extraídos de un antiguo templo pagano muy importante dedicado a Venus, sobre el cual se edificó el monasterio en cuestión. El templo se comunicaba con el claustro por medio de una escalera. Del claustro, hoy en día, no queda absolutamente nada. Tampoco de las demás dependencias. Todo ha sido objeto del saqueo y el robo a partir de la invasión napoleónica. Hoy, muchas de sus valiosas piedras así como los residuos de su biblioteca y archivo conventual engrosan, por desgracia, el acervo de muchas colecciones particulares. Como bien ha sido dicho por un famoso escritor del país, la comisión que actualmente se encarga de la restauración del monumento ha puesto un guardia para que lo custodie, en un momento en que ya no queda nada para custodiar.

El monasterio fue en tiempos carolingios excepcionalmente protegido. Fue entonces cuando adquirió su carta de independencia. La especial dedicación que para él tuvieron los pontífices, los condes de Ampurias y otros poderosos magnates del país lo convirtió en uno de los monasterios más ricos y florecientes de toda Europa.

J. SERVIÀ I FIGA

(Fotos: REINALDO SERRIAT)

